

¿Qué dice la gente de mí?



Presbítero Emilio Betancur Múnera

Director Pastoral Social Medellín

“Un día Jesús, acompañado de sus discípulos, se fue a un lugar solitario para orar”. Así comienza el texto que nos va a hablar sobre la identidad de Jesús. La oración aparece como marco de los acontecimientos más cruciales y decisivos de la vida presente de Jesús y su futura misión. La oración es también el presente que une el evangelio y los Hechos de Lucas.

“Un día”, que no es una fecha particular en un lugar determinado, también puede ser el “día” (hoy) cuando y donde nosotros nos movemos y existimos. En otras palabras nos toca, como lo sugiere el evangelista y lo siente la Iglesia, en actitud de oración, escuchar lo que la gente dice acerca de Jesús, “¿quién dice la gente que soy yo?”.

Hoy las opiniones acerca de Jesús pasan por la hostilidad de muchos, la negación de no pocos y la indiferencia en ascenso. Nada es nuevo al respecto si tenemos en cuenta la predicación de Simeón a María: “Cae en cuenta que este niño está destinado para caída y elevación de muchos en Israel, y ser un signo de contradicciones” (Lc 2,34). La profecía de entonces es sentida hoy cuando la Iglesia se pregunta ¿qué dice la gente de Jesús? Y, ¿qué dice la gente de la Iglesia? Y, “¿Qué impresión tiene la Iglesia de sí misma?”

Volviendo a la pregunta de Jesús “¿Quién dice la gente que soy yo?” pide no solamente una profesión verbal de fe sino un testimonio auténtico de la fe que profesamos. “Un día” también les explicó a los discípulos lo que debían recordar: “El Hijo del hombre debe sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes, los escribas; y

ser muerto y al tercer día resucitar”.

TOMAR LA CRUZ ES ACTUAL

Más aún, Jesús le dijo claramente a la gente que para ser seguidor, el creyente debía “negarse a sí mismo”; que “seguirlo” es tomar su propia cruz” todos los días “para así salvar la vida, perdiéndola”. Estas no son amonestaciones para tiempos de persecución ¡No! Jesús dice esto a todos: “a la gente”; a quienes “quieran seguirlo”, “seguir sus pasos, salvar su vida tomando la cruz de “todos los días”; es decir que “todos los días” estaremos confrontados con experiencias de auto renunciaciones, con “perder vida”, buen nombre, fama, apariencias, poder, si queremos seguir a Jesús. Todos los días escuchamos y veremos también experiencias y actos contra Jesús y la Iglesia.

LA CRUZ IDENTIFICACIÓN CON LAS CRUCES

Durante generaciones los creyentes, sobre todo en América Latina, hemos contemplado al crucificado que muere para que tengamos vida, y vida en abundancia. “La muerte de Jesús en la cruz es la consecuencia de una vida puesta radicalmente al servicio de la justicia y el amor, la consecuencia de la opción por los pobres y a favor de quienes padecen explotación y opresión. Dentro del mal que hay en el mundo cualquier compromiso por la justicia corre el riesgo de ser para los creyentes, como fue para Jesús, un peligro de vida.

La experiencia de la cruz como don de vida define la identidad del creyente y la comunidad cristiana. La cruz como hecho fundante de la historia de la salvación no debe exaltar el sufrimiento por el sufrimiento, ni una imagen inmisericorde de Dios que lo hace incapaz de perdonar. La cruz es redentora porque es la identificación transformadora de Dios en todos cuantos están secuestrados o desesperados de vivir, se sienten deprimidos o son culpables. Sus cruces están en permanente relación a la

Resurrección de Jesús.

La cruz salva sólo dentro del proceso de Encarnación con nuestras cruces, de Resurrección de nuestras muertes y signos de la misma: sufrimiento, pobreza y carencias de lo más humano; para ser así personas por la acción del Espíritu de Jesús, es decir, del Espíritu Santo, y darle vida a nuestros huesos secos y dispersos. La Cruz gloriosa del Señor resucitado es el árbol de la salvación.

Un creyente no puede ajustarse al mundo; o la sociedad light y de consumo, al dinero, participando o acomodándose a valores dominantes, jugando a la ruleta de la moralidad corriente; sin perder de vista la imagen de Jesús o reconociendo trochas que lo alejan del seguimiento del Evangelio.

Hoy; sea en la vida personal, profesional, familiar, social, política o económica; ser creyentes, seguir a Jesucristo, es mantenerse expuesto cada día no sólo a renunciaciones sino, a menudo, a perder la “forma de vivir por cosas o criterios que para la cultura o incultura actual son necesarias para el éxito o para estar a la moda”.

¿CUÁLES SERÁN NUESTRAS CRUCES?

“Tomar la propia cruz” para seguir a Jesucristo es algo que hoy no se puede borrar de los evangelios, sino subrayarlo y ponerlo en mayúscula, porque puede ocurrirnos más de lo que nosotros pensamos: que por no caer en cuenta o no discernir cuáles son nuestras cruces, éstas nos estén destruyendo. La llamada de Simón de Cirene, “puesto al servicio”, en el camino del calvario para llevar la cruz de Jesús, debe dar un sentido muy concreto a esta “cruz” que los discípulos debemos aceptar y llevar. El verbo “seguir” en la vida de la fe no se puede entender con sentido figurado, como cuando uno habla de seguir los pasos de un maestro en el sentido de seguir sus enseñanzas; sino en un sentido real, caminar diariamente llevando la cruz propia a imagen de Jesús.

Una pequeña aclaración es pertinente: la cruz propia no son los problemas de la vida o como otros llaman el destino; la cruz es todo aquello que hace parte del presente o

pasado de mi historia de debilidad o servidumbre, y que se constituye, por la fe, en campo y signo del amor de Dios. Allí donde yo me rechazo, me quiere Dios; allí donde yo me resisto, me mira Dios; allí donde no me aman, me acepta Jesús. El amor de Dios hace de mis cruces, cruz salvífica del amor de Dios Resucitado. El amor de Dios nos hace hijos suyos engendrados en el sufrimiento: ese es el misterio que recordamos celebrándolo en la Eucaristía.

LA ALEGRÍA DE DESCUBRIR LA CRUZ

El Espíritu de piedad y compasión que el Señor derrama sobre nuestros corazones, descendientes de David, es para volver la mirada hacia la cruz; y para mirar al que traspasaron.

El día en que miremos desde nuestro sufrimiento la cruz, “brotará en nosotros una fuente, como cigoto en la casa de David para los habitantes de Jerusalén, que nos purificará de los pecados e impurezas.

Miremos desde la cruz de Jesucristo nuestras cruces para cantar con el salmista: Señor, mi alma tiene sed de ti.

Señor, tú eres mi Dios, a ti te busco; de ti sedienta está mi alma. Señor todo mi ser te añora, como el suelo reseco añora al agua. Mejor es tu amor que la existencia; siempre Señor te alabarán mis labios.

Podré bendecirte mientras viva y levantar en oraciones mis manos. De lo mejor saciaré mi alma. Te alabaré con jubilosos labios (Sal 62).

Evangelio: Lucas 9, 18-24

"Tú eres el Mesías de Dios. El Hijo del hombre tiene que padecer mucho"

Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó:

"¿Quién dice la gente que soy yo?" Ellos contestaron: "Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha vuelto a la vida uno de los antiguos profetas." Él les preguntó: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Pedro tomó la palabra y dijo: "El Mesías de Dios." Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y añadió: "El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día." Y, dirigiéndose a todos, dijo: "El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará."

Palabra del Señor.